

## *El Premio Nacional de Literatura en Chile: de la construcción de una importancia*

PABLO FAÚNDEZ MORÁN, (2020).

Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 359 páginas.

ISBN 978-956-17-0886-0



Andrea Cobas Carral

Universidad de Buenos Aires / Universidad de San Martín, Argentina

acobascarral@filo.uba.ar

Todo premio literario propone -y muchas veces termina por cristalizar- un sistema de valores que se erige en torno de escritores y obras en un contexto dado. Por un lado, los grados de visibilidad autoral, las operaciones específicas del mercado editorial y un criterio de selección que privilegia ciertos géneros y temas se articulan en las premiaciones del ámbito privado que buscan promover la circulación y venta de determinado bien cultural. Por otro lado, en aquellos casos en que interviene alguna institución del Estado, también los criterios estéticos suelen subordinarse a variables que determinan el otorgamiento del premio: la adscripción de quien escribe a un proyecto político, la adecuación de la obra a una idea de nación o la capacidad de la literatura para dar cuenta de una supuesta identidad que se inscribiría en el cuerpo del texto. En el ámbito Latinoamericano, el Premio Nacional de Literatura -galardón que desde su instauración en Argentina en 1913 paulatinamente se establece en otros países de la región- constituye un buen ejemplo para estudiar las funciones que se pretenden para la literatura y los nexos y tensiones entre escritores y poder. Si nos detenemos en el Premio Nacional de Literatura de Chile, las obras de los premiados -y de las poquísimas premiadas- construyen un canon de la literatura chilena en el que sobresalen Gabriela Mistral, Pablo de Rokha, Nicanor Parra, José Donoso, Gonzalo Rojas, Pablo Neruda, Raúl Zurita y Diamela Eltit. Pero, como ocurre con todo premio, la nómina permite entrever también su contracara que se delinea con aquellos nombres que, aun condensando cualidades éticas y estéticas, éxito de mercado y relevancia internacional nunca fueron considerados para recibirlo. Baste mencionar tan solo a escritores de excelencia como María Luisa Bombal, Vicente Huidobro, Enrique Lihn, Pedro Lemebel o Roberto Bolaño. Como se ve, el Premio es un territorio en disputa en que se intersectan valoraciones que se hacen desde múltiples perspectivas y que involucran concepciones diversas acerca de los alcances y cometidos de la literatura.

Justamente, en *El Premio Nacional de Literatura en Chile: de la construcción de una importancia*, el investigador Pablo Faúndez Morán aborda un conjunto heterogéneo de fuentes para analizar esa trama de voces que se pronuncian en cada nueva entrega del Premio Nacional de Literatura de Chile. El libro -reescritura de su tesis doctoral defendida en la Universidad Humboldt de Berlín- propone una organización cronológica en cinco capítulos que va desde los primeros intentos de creación del Premio hacia mediados de la década del 30 hasta la entrega del año 2014. El recorrido a través de esas casi ocho décadas de historia del Premio Nacional le permite a Faúndez Morán sistematizar críticamente tanto los consensos y las discusiones entre actores culturales y políticos, como las modulaciones respecto de lo que el Estado espera de escritores y textos en diversos momentos.

En primer lugar, el capítulo “Creación del Premio Nacional de Literatura (1937-1943)” revisa los antecedentes que desembocan en el debate parlamentario que da estatuto oficial al Premio Nacional de Literatura en 1942 y recupera las valoraciones que la prensa hace sobre los primeros escritores premiados, modelos de “compromiso y abnegación” (55) en un medio local hostil para el arte. La fundación de la Sociedad de Escritores de Chile (1931) y la realización del Primer Congreso de los Escritores de Chile (1937) hacen visibles las preguntas que se retomarán en el 42 acerca del rol de los escritores en la sociedad, de la importancia de la literatura y de la naturaleza de los nexos que el artista debía establecer con las instituciones estatales. Faúndez identifica en el debate parlamentario un dilema central que se expresa en las posibles limitaciones a las prácticas artísticas y a la libertad de expresión que supondría la intervención del Estado como otorgante de un premio que evalúa una trayectoria y una obra que deberían adecuarse a ciertas pautas. Entonces la tensión arte por el arte/compromiso social presente en el origen del premio aparece como criterio de selección transversal que retorna una y otra vez evidenciando una discrepancia

que involucra los grados de autonomía de la esfera literaria que se juega en la intervención de una entidad externa a ella que pretende legitimar simbólicamente y materialmente a algunos escritores.

En segundo lugar, en el capítulo “1944-1959” se organizan las dieciséis premiaciones de este período que cuenta con un jurado integrado por el rector de la Universidad de Chile, un miembro de la Sociedad de Escritores de Chile y un representante del Ministerio de Educación. Entre otras cuestiones, Faúndez señala que en 1945 en la cuarta entrega del Premio Nacional se produce una transformación que atiende el mandato emanado desde dentro del campo literario: se suspende el principio de selección reglamentario basado en la trayectoria sostenida en el tiempo para elegir en cambio a Pablo Neruda, un escritor joven con éxito y visibilidad internacional en el momento de la entrega. Este episodio inicia una serie de disputas públicas focalizadas, entre otros aspectos, en la reacción de adhesión o crítica de los premiados; la legitimidad del premio; los criterios de selección que sustentan ese incipiente canon de la literatura nacional; las motivaciones extraliterarias que inciden en la premiación y las tensiones disciplinares que borron los límites de lo literario. Faúndez dispone a los premiados durante este período en tres grupos: en primer lugar, el de quienes reniegan del premio -pero sin rechazarlo- por considerarlo irrelevante o extemporáneo -el caso más significativo es el de Gabriela Mistral, premiada en 1951, seis años después de recibir el Nobel-; en segundo lugar, el de quienes son galardonados por valorarlos como artífices de una obra considerada garante de la nacionalidad y, por último, el de aquellos cuya premiación fomenta una reflexión acerca de las características del medio literario chileno.

En tercer lugar, el capítulo “1960-1972” retoma un período en el que el jurado del premio se amplía sumando dos nuevos miembros. Para Faúndez, esta etapa en la que el premio ya se ha consolidado habilita la emergencia y profundización de otras discusiones: las estrategias discursivas que buscan encubrir la relación entre algunos premiados y las instituciones literarias; el éxito de recepción o la escasa visibilidad pública de un autor como alternativas contradictorias para la asignación del Premio Nacional; las tensiones generacionales como marco de lectura de los candidatos y de la vigencia de sus obras; y la reivindicación de la dimensión política imbricada en la práctica literaria que actualiza “el vínculo republicano entre el escritor y la sociedad” (137) y su contraparte encarnada en la negación del

lazo entre Estado y escritor en una valoración que se quiere fundada exclusivamente en méritos literarios.

En cuarto lugar, las entregas que se estudian en el capítulo “1974-1986” están marcadas por la fractura que supuso el golpe de Estado de 1973 y por las modificaciones que se introducen en la normativa del Premio, entre ellas, la obligatoriedad de que el premiado provenga de una nómina previa de candidatos propuesta por actores específicos del ámbito cultural. Para Faúndez Morán, este período se caracteriza por la ambivalencia en las designaciones que se hacen en el complejo contexto institucional y cultural que vive Chile que exaspera la histórica tensión entre los valores estéticos de una obra y la premiación de escritores sin méritos literarios que son elegidos, en este caso, tan solo por su adhesión política a la dictadura y cuya escritura deviene mera propaganda.

En quinto lugar, el capítulo “1988-2014” analiza las premiaciones que se producen con un nuevo cambio de reglamentación que termina excluyendo del jurado toda representación civil y de los escritores organizados para desplazar el control de la comisión deliberativa hacia las instituciones estatales. En el contexto de la transición democrática, el proceso de reconstrucción cultural implica también una revisión del Premio Nacional, de sus objetivos y alcances y, por supuesto, de los tópicos de reflexión que desde su origen signan cada nuevo fallo. Como en los capítulos precedentes, Faúndez organiza y recorre la serie de premiados a partir del examen de las fuentes que celebran o critican cada entrega desplegando argumentos que abarcan diversas cuestiones entre las que podemos destacar la caracterización del Premio como fruto de un mandato colectivo que el jurado sabe representar; la revalorización del autor como custodio de la tradición literaria local; la presentación del lugar social que se le asigna al poeta y a su práctica creadora diferenciada; y, a partir de la polémica premiación de Isabel Allende en 2010, la aceptación del éxito de mercado como factor universalizador relevante más allá de valoraciones estéticas.

Por último, en “Palabras finales”, Faúndez Morán concluye en que el Premio Nacional -siempre con la política como telón de fondo- es fundante de una tradición legítima que habilita la construcción de un sólido canon de la literatura chilena del siglo XX. Para Faúndez Morán, la legitimidad específica de los premiados morigeran el potencial negativo de un premio basado en vínculos institucionales, legitimidad que se consolida a partir de la internacionalización de la literatura latinoamericana post “boom” y que

continúa hasta el presente con la posterior globalización del mercado editorial.

*El Premio Nacional de Literatura en Chile: de la construcción de una importancia*, de Pablo Faúndez Morán, presenta una reconstrucción cuidada y exhaustiva de las polémicas presentes en las manifestaciones discursivas que suscitó cada entrega. Las voces de críticos literarios, legisladores, periodistas culturales, diplomáticos, escritores, políticos son presentadas y desmenuzadas para encontrar en ellas las zonas de consenso y disputa en torno a los sentidos que cada época le asigna al Premio Nacional y en los que se funda su importancia como organizador de una literatura canónica nacional. El abordaje cronológico que Faúndez elige como criterio organizativo hace visible con mayor precisión la dialéctica entre el campo literario y el contexto

histórico nacional e internacional -con sus peculiaridades políticas- como articulación que permite asignar un valor específico a la obra literaria. Si bien en cada capítulo se vuelven a presentar más o menos los mismos ejes de análisis, nunca se hace en términos de una mera repetición, sino que con cada nueva entrega que se aborda y se enmarca en un contexto institucional específico aparecen modulaciones que van amando una red de recurrencias que dan espesor al análisis del Premio Nacional. No solo por los materiales de archivo que pone en circulación sino también porque su investigación propone afirmaciones e interrogantes que podrían proyectarse sobre el resto de la literatura subcontinental para pensar sus momentos de religación y de quiebre, el libro de Pablo Faúndez Morán constituye un aporte significativo para el área de estudios de literatura latinoamericana.